

Juan Negro

Cuaderno de Bitácora

A Inés Frey.



AS mil saetas del mar
en los ojos de la tarde.
Violento azul, azul que arde
como anémona estelar.

El arte de navegar
desenreda sus argucias,
mientras pasan naves sucias
de petróleo o de carbón
que llevan en el timón
a Ulises y a sus astucias.

Las olas urden dibujos
con la espuma ensortijada.
Una rutilar dorada
enfila dos somormujos.
Se ven también peces brujos,
nadando en la transparencia

de un agua que por clemencia
para con «nos», navegantes,
se ha puesto unos finos guantes
tramados con verde ciencia.

Sesgan las islas Baleares
navegando a la deriva.
Una gaviota no esquivaba
cierto olor de calamares.
Gibraltar a nuevos mares
abre su puerta jibosa
y tras esto una roñosa
gabarra para sardinas
hace muecas anodinas
junto a un steam-mariposa.

Los tiburones hambrientos
quieren comerse la estela.
Hay una latina vela
perseguida por los vientos.
Nuestros deseos violentos
buscan mujeres marinas
y sólo hallan extrafinas
cabelleras de bambolla
maquilladas en la olla
de ciudades viperinas.

Y allí en el fondo del barco,
entre máquinas y fuego,
van Plutones sin sosiego

—los del salario más parco—;
los hollines forman charco
sobre sus torsos escuetos
y sus pupilas son retos
para el señor millonario
que con un desdén muy ario
los mira como a objetos.

La vida del emigrante
abre su estrella de azar.
¡Un acordeón y un cantar
en la popa vacilante!
La brújula y el cuadrante
comunican sus secretos
al nauta de los inquietos
anteojos de lejanía.
En el bauprés cuelga el día
los minutos obsoletos.

El Atlántico nos suelta
sus manadas de delfines
que cual perros saltarines
a la nao dan la vuelta.
Y acuiciada por la esbelta
imposición de la prora
la merluza-voladora
abre sus alas de estaño.
Cáncer nos decreta un baño
de sudor con cada hora.

Sonámbulos en la amura
viven hombres silenciosos.
Para ellos no hay riscosos
mapamundis de aventura.
La caliente singladura
que nos transporta a un Caribe
sobre sus pechos no escribe
el más mínimo tatuaje.
¡La incitación del oleaje
con un recuerdo se inhibe!

La noctiluca chispea
desde su acuario marino.
Sopla la luna el salino
caracol de la marea.
Se unen tufadas de brea
al aliento de Neptuno
y de pronto un importuno
ojo de faro aparece,
cuando el alma no apetece
arribar a puerto alguno.

Pero hay que aceptar la escala
con su terrestre acicate:
con la piña, el aguacate
y la palmera de gala.
Duérmese el barco en la sala
verdimugrienta del puerto,
junto a un pintado e incierto

transatlántico del trópico . . .
Vuela un alcatraz hidrópico;
surge un negro boquiabierto.

Y ya en Mar de las Antillas
hiere el aspa presurosa.
La imantada y fina rosa
enhebra, ágil, las millas.
Repletas las escotillas
exhalan mixtos olores
y entretanto los motores
exasperados de aceite
ponen todo su deleite
en romper marinas flores.

Mar Mediterráneo-Mar de las Antillas: agosto, septiembre de 1938.